



LA DOCENCIA DE LA TEOLOGÍA EN LA ORDEN DE PREDICADORES

FR. VICENTE BOTELLA CUBELLS OP

Al acercarse a la rica tradición dominicana alguien puede preguntarse por qué la Orden de Predicadores concede tanta importancia a la enseñanza de la teología, cuando el carisma que Domingo de Guzmán recibe y articula en su tiempo es el de la Predicación. La respuesta a esta pregunta merece una reflexión serena que, teniendo en cuenta los orígenes de la Orden, muestre cómo la Predicación de la Palabra y la docencia teológica forman parte de un mismo movimiento carismático que ha acompañado siempre la vida y la misión de la Orden.

1. LOS ORÍGENES DE LA ORDEN

Domingo de Guzmán halló su vocación al adentrarse en el sur de Francia y toparse con la realidad de la herejía. Lo cierto es que esta vocación, desde el principio, fue una vocación compartida. Domingo acompañaba a su Obispo de Osma, Diego. Ambos sintieron un mismo impulso evangelizador al contemplar el estrago que la desviación de la verdadera doctrina estaba causando en el mediodía francés. La comunidad, pues, es el cimiento de la obra de la predicación en el mismo instante de la gestación de la Orden. Aquella confrontación con los herejes, dura y compleja, fue, sin embargo, una oportunidad de vida y salvación. Domingo y Diego aprendieron mucho del contacto con albigenses y cátaros. Entre otras cosas, distinguieron una llamada irresistible a la predicación evangélica. Y es que, por falta de predicación, aquellas gentes, ávidas de Buena Noticia, se iban tras las enseñanzas de los predicadores herejes que, además, se ajustaban con mayor fidelidad que las gentes de la Iglesia a las directrices de Jesús en lo tocante a la pobreza y la radicalidad evangélica.

Domingo y Diego lo vieron claro: ¡había que predicar! El abandono de la predicación había causado un problema grave. Quizá, para entender esta afirmación, sea preciso evocar que, en aquel tiempo, la predicación estaba reservada exclusivamente a los obispos. Ellos, investidos de la autoridad apostólica, eran los únicos encargados de predicar el Evangelio en el ejercicio de la función profética de





su ministerio. Este hecho había alejado la Palabra del pueblo: la predicación no llegaba, no se dejaba oír; como consecuencia lógica, faltaba instrucción. Y esa lejanía de la Palabra, y la carencia de formación que conllevaba, había abonado el campo a la herejía. La Iglesia, por otra parte, se había identificado demasiado con el modelo social feudal, que comenzaba a resquebrajarse en los albores del siglo XIII. Frente a esta situación se imponía actuar y, además, hacerlo desde la fuerza del camino evangélico. Precisamente, se denomina evangelismo al movimiento espiritual que florece en aquel instante; movimiento de vuelta a los orígenes, a la raíz del camino de Jesús, y al que pertenecen Domingo de Guzmán y Francisco de Asís, entre otros.

Domingo y su obispo no lo dudaron. Sus vidas debían de consagrarse a la predicación, y hacerlo de acuerdo al modelo evangélico y profético de los apóstoles. Ese modelo lo habían redescubierto en la vida de los propios herejes: la pobreza, la itinerancia, la oración y la vida común. Consiguen los permisos requeridos del Papa. Se inicia un nuevo estilo de predicación. De este ideal carismático no pudo disfrutar el obispo Diego a causa de su muerte. Domingo se queda al frente de la predicación en el sur de Francia. Y, abierto al Espíritu, completa lo que falta para terminar de perfilar lo que será la futura Orden de Predicadores. Y lo que faltaba, dadas las características halladas en el terreno, era la incorporación del estudio como elemento contemplativo e instrumento relevante de preparación de la predicación. Este último dato abre la puerta al tema de la docencia en la Orden.

2. PREDICACIÓN Y DOCENCIA

El carisma dominicano es la predicación. Pero, cuidado, no es una predicación cualquiera. Se trata de una predicación informada y sazónada del resto de los elementos que sostienen la vida del predicador. En ella, el estudio se avanza como uno de los pilares fundamentales. No extrañe este dato que, como estamos señalando, entronca con los albores mismos de la Orden. Domingo entendió con agudeza y finura espiritual que la predicación que necesitaba la Iglesia de su tiempo era una predicación veraz, doctrinal, bien fundamentada. Justamente, la herejía se define como una presentación errónea o incompleta de la verdad de la fe que, por eso, rompe la comunión en torno a ella. Por tanto, frente al error no cabe otra predicación que la verdad. La Orden, desde sus inicios, se reconoce a sí misma en la *veritas* y sabe que, para adquirirla, no basta sólo la oración, sino una contemplación asentada en la disciplina del estudio: el estudio de la verdad. El carisma de la predicación, como reconoce el papa Honorio III en la Carta de aprobación de la Orden, se caracteriza por su integridad. Y esta integridad abarca la totalidad de lo que Dios ha revelado al hombre entero. Este hecho reclama que la razón acompañe adecuadamente a la fe, para evitar visiones parciales y, por ello, no plenamente humanas de la misma.





Pero la relación entre la docencia y la predicación, que la Orden ejemplifica, la podemos hallar en la misma vida de Jesús. Allí la aprendió Domingo de Guzmán. Uno de los títulos con los que el Nazareno fue conocido en su tiempo es el de Maestro (*Rabbî*). Maestro tenía un significado particular en el mundo judío. Era el entendido en la *Torá*, en la Ley, y, de modo general, en la Palabra de Dios. Enseñaba a sus discípulos de manera autorizada, después de haber realizado todo un proceso reglado de estudio. A Jesús, en efecto, se le llamaba Maestro, aunque no consta que hubiera pasado por el itinerario académico requerido. No obstante, la autoridad de su enseñanza, su manera de vivir, el acompañarse de sus discípulos, le granjeó una fama y un reconocimiento que se interpretó en clave magisterial. Jesús, nos lo dice el Nuevo Testamento, predicaba y enseñaba la Buena Noticia del Reino. Jesús fue un docente de Dios y de su proyecto. Además, con evidentes cualidades para ello, como se detecta en el uso, por ejemplo, del género parábólico. Para comprobar hasta qué punto la identidad predicadora de la Orden va unida a la enseñanza, bastaría recordar el título de Maestro (Maestro de la Orden) que recibe el Superior General.

De este modo, la predicación que caracteriza a los Dominicos y a su vasta familia es la predicación doctrinal, la predicación de la verdad. Este tenor doctrinal y veraz de la predicación dominicana se alimenta en el estudio y abarca también la enseñanza, principalmente de la Teología. Como se aprecia, el carisma de la predicación y de la enseñanza teológica se reclaman y complementan con naturalidad en la vida dominicana. Domingo mandó a los primeros frailes a formarse en las mejores universidades de la época. Muy pronto los frailes predicadores iban a destacar en la docencia de la teología en esas mismas universidades. Figuras como San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino lo demuestran.

3. PERO, ¿POR QUÉ LA DOCENCIA DE LA TEOLOGÍA?

Predicación y docencia van a la par. Docencia y teología se unen en el carisma dominicano en el deseo de dar a conocer la integridad de la verdad que hay que predicar. Una predicación, informada por el estudio y abierta a la verdad, se abre con naturalidad al universo de la teología. Así lo ha visto la Orden desde Santo Domingo. Y por eso, la docencia teológica es tan dominicana.

La teología es un servicio a la fe por razones intrínsecas. La fe es una vivencia de sentido que permite una lectura global del ser humano y del mundo a partir de una relación viva con el Dios de Jesucristo. La fe responde al movimiento de autocomunicación (revelación) de Dios y afecta a la totalidad de lo que es el ser humano. La experiencia creyente posee un carácter salvífico, plenificante y humanizador: consigue sacar lo mejor de cada creyente; y lo mejor siempre es Dios, que explica al ser humano. Como es lógico, la citada experiencia abarca también la





dimensión cognitiva del hombre. La fe, por tanto, guarda una relación positiva con la razón. Santo Tomás de Aquino, insigne fraile dominico, decía que la fe es *habitus mentis, qua inchoatur vita aeterna in nobis, fasciens intellectum assentire non apparentibus* –la fe es un hábito de la mente, en el que se inicia la vida eterna en nosotros, que da lugar a que el entendimiento asienta a cosas que no se perciben– (*Suma de teología* II-II, 4,1). En consecuencia, la fe (la experiencia provocada por el impacto de Dios en la vida humana) se puede pensar y se ha de pensar. Por otro lado, si no fuera así, la fe no sería una realidad plenamente humana. La experiencia creyente pasa también por la razón. Este ineludible paso por la razón está en el origen de la teología, que es *inteligencia o pensamiento de la fe*. En suma, la fe necesita de la teología y la teología sirve a la fe.

Este servicio de la teología a la fe es importante. La fe nace de la revelación de Dios y se torna experiencia de sentido. La teología procura preservar con los argumentos de la razón la riqueza de la vivencia creyente nacida de la revelación. Esta función se puede definir como un servicio: es pura diaconía. Lo primero es la donación de Dios que se corresponde con la fe. La fe, a su vez, es la vivencia plenificante y salvadora de la relación con el Dios revelado. La felicidad y la salvación, desde luego, se juegan en esta experiencia. Luego aparece la reflexión, el pensamiento. La teología es un momento segundo y ofrece a la experiencia de la fe un lenguaje, también segundo, para que no se desvirtúe y continúe ofreciendo su fresca salvífica y humanizadora a la gente. El ofrecimiento de la teología a la experiencia creyente se efectúa por medio de conceptos y argumentos que se hallan implícitos en ella, pero que es preciso explicitar y explicar. La fe sin la teología se reduce, se achica, pierde integridad, se deshumaniza. La fe del carbonero no es el icono de la experiencia creyente.

Pero hay más motivos por los que la función teológica salvaguarda la fe. La vivencia de la fe acontece en la historia. La misma revelación es histórica. Es la ley de la encarnación propia del cristianismo. La contextualidad histórica de la fe reclama también la diaconía de la teología. La manifestación de Dios, la verdad, para hacerse inteligible adoptó realmente la condición humana. Y lo hizo, no podía ser de otra manera, de un modo concreto: en un hombre situado en un tiempo, en una cultura, en una lengua. Los primeros creyentes compartían, igualmente, una situación determinada desde la que acogieron la manifestación de Dios y, a su vez, la transmitieron. La historicidad acompaña, pues, cada peldaño del avance misionero y de la evangelización, haciéndola concreta, real y humana. La teología cumple la tarea de explicar el sentido de la revelación y de la fe a los creyentes de cada generación y de cada época. Para ello, ha de hacer el esfuerzo de mostrar de qué manera la experiencia creyente es significativa para las diferentes culturas. Así, recoge preguntas y ofrece respuestas que, guardando fidelidad a la revelación, son igualmente fieles a la capacidad de comprensión de los creyentes. La teología, pues, es compañera de ruta de





todos los procesos (¡necesarios!) de inculturación o aculturación de la fe. La teología o cultura de la fe ayuda a manifestar la catolicidad (la universalidad) de la propuesta cristiana.

4. SANTO TOMÁS DE AQUINO, MODELO DE DOCENTE

Enseñar teología, por consiguiente, no puede verse como una actividad desligada del proceso de la comunicación y acreditación de la fe. Al contrario, está fuertemente comprometida en él. La docencia de la teología en la Orden es un ejemplo preclaro de este compromiso. Y para muestra un botón.

Santo Tomás de Aquino fue predicador, pero lo fue siendo teólogo. Y consagró la mayor parte de su vida a la docencia teológica. Sabía que su reflexión era un servicio a la verdad recibida que había que predicar. Este servicio docente no era para nada abstracto. La Baja Edad Media en la que vivió este singular fraile dominico fue una época dominada por las preguntas que, en las nacientes universidades, se hacían en torno a determinadas cuestiones surgidas a causa de la entrada en Europa del aristotelismo a través de autores como Averroes. Su reflexión, su pensamiento, su docencia, es un icono luminoso del intento de mostrar la pertinencia de la fe cristiana a través del empleo de formulaciones nacidas del mundo aristotélico. Su teología fue del todo actual. Luego, sus obras, sobre todo la *Suma*, se convirtieron en manuales en los que generaciones de profesores enseñaron y alumnos aprendieron a pensar la fe, a hacer teología para vivir mejor la fe, para predicar con mayor acierto la Buena Nueva.

Enseñar teología, mirarse en el Angélico para hacerlo, sigue siendo un rasgo característico de los frailes predicadores y, desde luego, todo un reto.

